Cosmos

Mauricio Molina

Hace tiempo, mientras comía en un restaurante con un amigo, pasaron frente a nosotros, en menos de una hora, cuatro mujeres pelirrojas, todas jóvenes y atractivas. No es fácil encontrar pelirrojas en nuestra ciudad, mucho menos atractivas y en el breve espacio de sesenta minutos. Podríamos encontrar una explicación banal; por ejemplo, que eran hermanas; otra menos obvia: había un casting para un filme, y la peor (por fantástica y onírica): era una simple y llana coincidencia. El tema era propicio para un cuento que por desgracia nunca escribí, pero sirva como pórtico para comentar una lectura fuera de lugar.

Hace unos meses encontré arrumbada en un montón de libros en barata la edición de *Cosmos* de Witold Gombrowicz publicada en 1982 en Seix Barral/Biblioteca Breve y editada originalmente en 1969 —año de la muerte del escritor— en la traducción maestra de Sergio Pitol (reeditada por la Universidad Veracruzana). Por un precio casi ridículo me hice de una novela que me atenazó con su extraña prosa irónica y despojada, rasgos propios del incomparable tono del maestro polaco, quien gracias a la generosidad de su traductor poblano se trasluce en todo su esplendor.

De Gombrowicz conocía la carnavalesca *Ferdydurke* y *Trasatlántico*, además de las obvias referencias de Cortázar, Vila-Matas y Piglia. Sin embargo, siempre permaneció al margen entre mis lecturas. Su extraña biografía —los veintitantos años que pasó varado en Argentina— a menudo nublaba una obra originalísima, muy distante a lo que conocíamos de la literatura polaca del siglo XX, como *Madre Juana de los Ángeles*, de Jaroslav Iwaskiewicz, para poner un ejemplo.

Existe sin embargo un escritor con el que Gombrowicz tiene profundas complicidades: Stanislaw Lem, el escritor injustamente encajonado en el rubro de la ciencia-ficción. Entre el prolífico autor de *Solaris* y el concentrado autor de *Ferdydurke* hay obvias diferencias: la más visible es la estrategia narrativa. Médico, biólogo, físico, Lem es, en algunos momentos, un escritor de la vena de Isaac Asimov o Ray Bradbury, en tanto que Gombrowicz se encuentra, sobre todo en *Cosmos*, en el registro de un Samuel Beckett o Vladimir Nabokov.

Witold Gombrowicz, Tandil, 1958, en una foto de Jorge Di Paola

Lo que une a Lem y a Gombrowicz es su profunda perspectiva irónica, y es en *Cosmos* donde las visiones de los dos escritores polacos encuentran el punto de contacto más evidente. "¿Será que la realidad es en esencia obsesiva?", se pregunta Gombrowicz en uno de sus diarios. Novela policiaca "rugosa" como la definió su autor, *Cosmos* intenta explorar las repeticiones, las coincidencias, los juegos de espejos que a menudo la realidad nos pone frente a los ojos.

A partir de la imagen de un gorrión colgado de una rama al inicio de *Cosmos*, Gombrowicz va desovillando una trama plena de escenas que parecen rimar, como el estribillo de una canción extraña. Escrita en un tono minimalista, lleno de detalles absurdos y frases deslumbrantes, la novela es un intento por descubrir lo que el autor llama "el origen de la realidad". La imposibilidad de abarcar la totalidad, aun en un relato ubicado en un pueblito provinciano, con pocos personajes y acción casi nula, impregna cada una de las páginas de la novela. En cierto modo *Cosmos* recuerda, en este sentido, algunas de las obras de Stanislaw Lem, sobre todo las dos novelas policiacas que escribió: *La investigación* y *La fiebre del heno*. En *La investigación* por ejemplo, un grupo de cadáveres se escapa de la morgue. Un agente de Scotland Yard investiga el caso. Resulta que los cadáveres resucitaron durante algún tiempo de un mo-

do inexplicable y luego fueron encontrados en diversos lugares de un Londres aureolado de una atmósfera gótica. En *La fiebre del heno* unos hombres calvos, regordetes y solterones se suicidan misteriosamente en un balneario italiano. Las autoridades contratan a un astronauta divorciado, pelón y obeso, para que siga cada uno de los pasos de las víctimas. En ambas novelas el misterio se queda en el misterio a pesar de que se revela parte del enigma. Lo mismo sucede en *Cosmos* de un modo más sutil y menos espectacular: al final de la novela el lector encontrará una solución, pero ésta sólo planteará mayores problemas. Las coincidencias entre Lem y Gombrowicz no hacen sino resaltar sus profundas diferencias, pero destacan una serie de temas que sólo hasta muy recientemente han sido tratados por la novela. *Cosmos*, como *La investigación* y *La fiebre del heno,* predisponen la escena para que Paul Auster, en sus novelas mayores, explorara esos lugares donde la lógica fractal se impone a la lógica lineal, o a las novelas de Michel Houellebecq, cuya moda, para nuestra fortuna, ha comenzado a declinar.

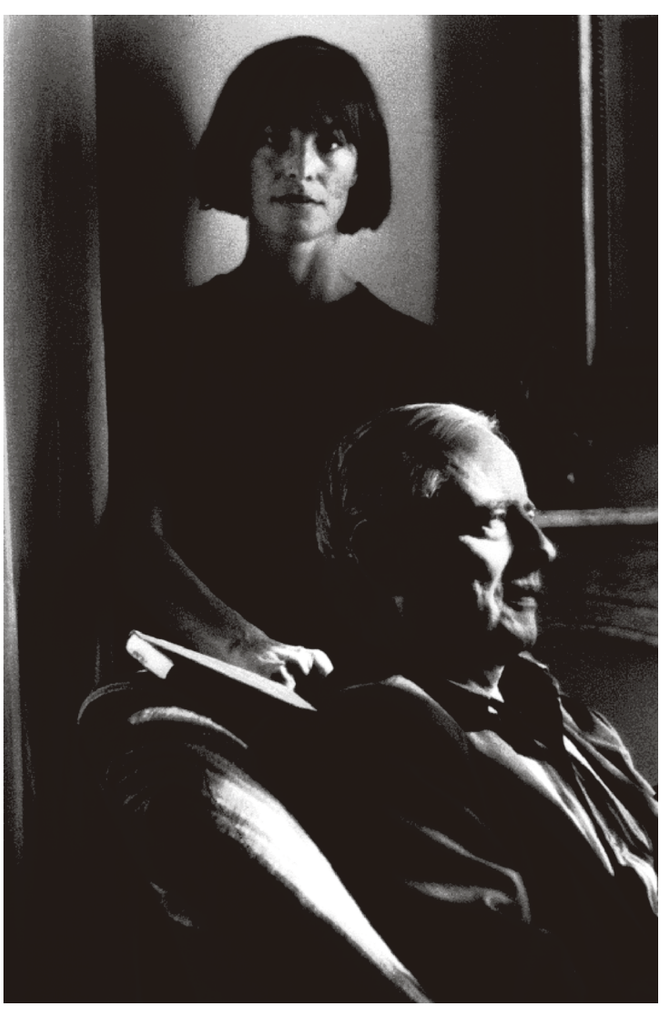
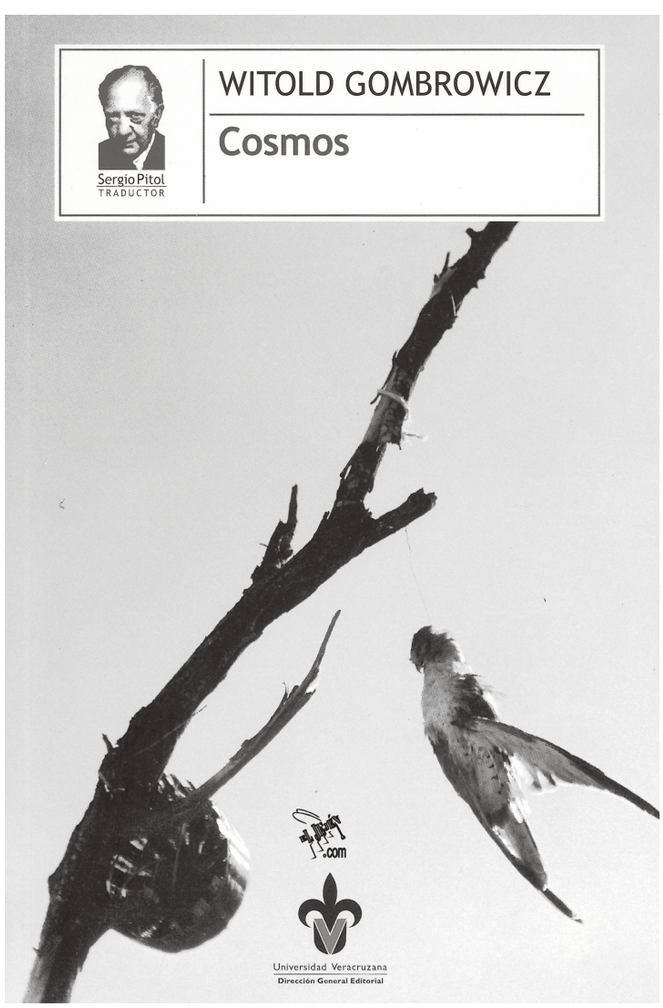
Quizá no sea casual que tanto Stanislaw Lem como Witold Gombrowicz sean contemporáneos y compatriotas de Benoît Mandelbrot, el padre de las matemáticas no lineales, que describen los patrones de las piedras, de las nubes o las olas. Pero *Cosmos* por fortuna es mucho más: una elaborada y barroca puesta en escena de un universo pleno de rimas y consonancias: eventos que parecen repetirse, ceremonias eróticas extravagantes, la identidad del individuo como algo opaco que siempre se niega a cooperar. En esto nos recuerda a *La verdadera vida de Sebastian Knight* de Nabokov, por cierto una de las novelas predilectas de Sergio Pitol. Un dato extraño en la prosa de Gombrowicz reside en su propensión al uso indiscriminado y sin tapujos de la onomatopeya: el tarareo, como un balbuceo, se convierte en un *leitmotiv* a lo largo de *Cosmos* para otorgarnos el placer confuso del misterio sin solución. Diversas frases extrañas, como aforismos de algún filósofo de otro planeta, pueden encontrarse en algunas páginas perfectas. Cedo a la tentación de transcribir un par:

"Sonreí a la luz lunar ante la plácida idea de que la mente es impotente frente a la realidad que la supera, la anula, la burla... No existe una posibilidad irrealizable... Toda trama es posible".

Un par de páginas después escribe:

"Comencé a comprender el ser del asesino. Se mata cuando se vuelve fácil, cuando no se tiene otra cosa que hacer. Sencillamente las otras posibilidades se agotan".

Cosmos se erige como un monumento a la imposibilidad de comprender el todo, aun dentro de una trama novelesca donde se supone que el autor tiene todas las posibilidades narrativas en la mano. Estoy seguro de que la lectura de *Cosmos*, de Witold Gombrowicz, deparará a sus lectores el asombro de acceder a una serie de rituales donde lo que llamamos realidad sólo puede ser una variante más de la ficción.



Witold y Rita Gombrowicz,Vence, 1967